

Mi ya vieja nostalgia del paisaje y las gentes de Almería se entremezcla con una difusa inquietud. ¿Cómo la encontraré si cedo a ella y vuelvo a las andadas? Más rica y adelantada que hace catorce años sin duda. Mas los lugares que conocí y me impregnaron de su luminosidad y nitidez, ¿corresponden aún a la imagen que de ellos conservo o han sido desfigurados por la fiebre inmobiliaria que hoy devasta la costa mediterránea con su expolio despiadado del suelo? La idea de ver confirmados mis temores aplaza indefinidamente el reencuentro. Prefiero refugiarme con cautela en la evocación de una belleza tal vez extinta.

¿Qué queda de mis recuerdos de La Isleta del Moro y la esplendidez de sus calas desiertas? ¿de los miradores abruptos desde los que avistaba la costa de Carboneras? ¿de Rodalquilar y los escoriales de la antigua mina de oro? Demasiadas preguntas que traslucen la impotencia de quienes asistimos a la destrucción acelerada de la naturaleza en la que se forjó el ser humano hace decenas de millares de años. La historia renueva sus ciclos y nos sorprende con sus vuelcos. Pienso en el dicho "cuando Almería era Almería, Granada era su alquería". En el apogeo de las explotaciones mineras por compañías extranjeras a lo largo del siglo XIX y la ruina que sucedió al agotamiento de sus filones. En la precariedad de los recursos acuíferos destinados a la agricultura del plástico y a una urbanización imparable por la aidez vultúrida de sus promotores. En el mito del progreso sostenido que nos venden los políticos. En los turistas nórdicos ansiosos del sol barato y en los robinsones que alcanzan, ateridos y exhaustos, las playas de su engañoso Edén.

Desde la época en que escribí *Campos de Níjar* y *La Chanca* hasta mi tímida asomada en solitario poco después de la muerte del dictador —gobernaban todavía Arias Navarro y Fraga—, habían transcurrido otros catorce años. Podía ir a Níjar sin temor a ser colgado por los *güevos* en una farola del Paseo, conforme a la amable advertencia del ex alcalde

A lo largo de las últimas semanas, en la ciudad de Valencia ha resurgido un periodo de la historia española sin resolver, demostrándose una vez más que todas las naciones siguen siendo prisioneras de su pasado. La alcaldesa conservadora de la ciudad quiere crear un nuevo cementerio en un sitio en el que ya hay 5.039 cuerpos enterrados: los restos de izquierdistas asesinados después de la Guerra Civil. Sólo en Valencia murieron más de 26.000. En opinión de la izquierda, esto constituye una afrenta a la memoria de sus camaradas caídos, un intento por cubrir de cemento una fosa común política. Estalló una disputa tremenda que ahora ha llegado incluso a la Comisión de la Unión Europea.

La historia y el legado de la despiadada Guerra Civil española de 1936 a 1939, como pude aprender mientras escribía e investigaba durante la elaboración de un nuevo libro sobre el conflicto, siguen despertando grandes pasiones, y en ocasiones han llegado a causar más controversia que la II Guerra Mundial. Algunos historiadores mantienen que

Almería en el recuerdo

JUAN GOYTISOLO

franquista, y pasear de forma anónima por una Chanca que evocaba aún la de las conmovedoras imágenes de Pérez Siquier. Me había despedido de ellos, definitivamente, creía, en *Señas de identidad* y mi retorno era el de un fantasma. Luego, tras la victoria del PSOE en las elecciones de 1982 y la llegada a la Diputación provincial de algunos políticos bienintencionados, el contacto se restableció. Visité de nuevo Níjar, Cabo de Gata, Pozo de los Frailes, Las Negras, Aguamarga, Garrucha, Villaricos. El nivel económico de la población mejoraba a simple vista: vivía sin las estrecheces de antaño, confiada en un porvenir más abierto y digno. Dicha relación con las autoridades se interrumpió por decisión mía

en 1992, aunque mantengo desde entonces la comunicación con un fiel puñado de almerienses, comprometidos en la defensa de los marginados, payos, gitanos e inmigrantes. Mi recorrido fugaz por los invernaderos de El Ejido y subsiguiente denuncia del gueto infame en el que se hacían los magrebíes y subsaharianos cambiaron otra vez mi estatus y me devolvieron a la condición de *persona non grata* de cuarenta años antes. Desde entonces no he vuelto a mi añorada querencia y me limito a seguir a través de la prensa cuanto acaece en ella.

Vi en fecha reciente el dismantelamiento del poblado nijareño de San Isidro por las excavadoras, captado con fuerza por el fotógrafo Sánchez Mesa:

el poder arrasador de las máquinas y la desolación de los últimos chabolistas. Como escribió en *La Voz de Almería* el ensayista y editor de la injustamente olvidada "Colombine" y de *España y sus Ejidos*, Federico Utrera, "no hubo violencia en el desalojo, tan sólo lágrimas, y ¿a quién importan, tan ocupados como estamos en nuestros tesoros de nuevo rico y ociosos de antiguo pobre?".

¿Se les ha procurado, me pregunto aún, un albergue decente o han ido a refugiarse, como en El Ejido, en cabañas y alquerías ruinosas y abandonadas? Nadie lo sabe con certeza y la indiferencia casi general en torno a las bolsas de pobreza —de ellos, los otros— enquistadas en el mejor de los

MÁXIMO



España debe levantar el manto de silencio

ANTONY BEEVOR

la dimensión internacional de la Guerra Civil —con Joseph Stalin apoyando a la República con armas y consejeros, y Adolf Hitler proporcionando apoyo aéreo para los nacionalistas— constituyó el acto de ronda inaugural de la II Guerra Mundial. Y en España la guerra sigue siendo causa de amargura y discordia, incluso hoy, más de tres décadas después de la muerte del general Francisco Franco, el último de los dictadores europeos que surgió de este periodo.

La raíz de la discordia es precisamente el éxito de la transformación española. Después de que Franco muriese en 1975, el mundo entero admiró el paso de España a una monarquía consti-

tucional y a la democracia. Pero el proceso requirió que se llegase a lo que después se llamaría el pacto de olvido. Ningún general o torturador fue sometido a juicio. Ninguna comisión de la verdad analizó el pasado de España. El régimen murió en la cama junto con su fundador. Y eso representaba un problema para la izquierda. Nunca tuvo la ocasión de derrocar al régimen, ni de participar en la transformación española.

Hoy, el pacto de olvido debe romperse, aunque sólo sea para que todos los españoles —ciudadanos de la nación más moderna y con mayor proyección de futuro de la Unión Europea— puedan comprender cómo sucedió la

tragedia. La peor opción sería un retorno a las divisiones propagandísticas del pasado, las de las *Dos Españas*, que demostraron ser irreconciliables y estar destinadas a destruirse mutuamente. Los falsos paralelos internacionales ayudaron a radicalizar España antes de la Guerra Civil. La sombra del levantamiento bolchevique en Rusia contribuyó a hacer aún más intransigente a la derecha española. Mientras tanto, los llamamientos a la revolución por parte de la izquierda, incluida una gran parte del Partido Socialista, se hicieron más intensos. Ambos bandos intentaron comparar Madrid con la Petrogrado revolucionaria de 1917. Este tipo de comparaciones engañosas no hicieron más

mundos me retrotrae a mis recuerdos de viajero por estos mismos lugares, dejados, como decían entonces sus habitantes, de la mano de Dios.

No obstante, la lucha valiente de los ecologistas y asociaciones de ayuda a los inmigrantes tiene a su alcance un excelente ejemplo en el que inspirarse: el de la combatividad de un barrio del que soy vecino de honor (no acepté el de la Legión que me ofreció el ex ministro de Cultura francés Jack Lang, por no compartirla con oficiales que se distinguieron matando a vietnamitas, argelinos o malgaches, pero sí el de mis amigos almerienses). Frente a la arbitrariedad de las autoridades municipales y sus intereses partidistas, La Traña, que iluminó con su presencia José Ángel Valente, y el recién creado Foro de La Chanca, no cejan en su empeño de llevar a cabo su Plan de Reforma Interior, en consonancia con la singularidad y las aspiraciones de esta comunidad única en Andalucía y España: la construcción de un Centro Cívico Cultural en la conocida popularmente, desde los tiempos gloriosos de la rebelión antisistema, por plaza de Moscú. El Ayuntamiento almeriense del PP proyecta convertir dicho espacio, situado en el corazón de La Chanca, en el patio de recreo del vecino colegio de monjas, en contra del sentir mayoritario de una vecindad que ha sabido defenderse por sí sola de la invasión de las drogas y de los brotes malignos del racismo, ayer antigitano y hoy antimagrebí o antimoro a secas. La vitalidad excepcional de la sociedad civil chanqueña me invita a no perder de vista la evolución de Almería, atrapada entre la memoria de su miseria secular y el espejismo de un desarrollo sin límites y a la larga suicida, autodestructor.

Por mi amistad con Federico Utrera, el arquitecto Ramón de Torres, el educador Juan José Ceba y Pepe "el Barbero" de La Traña, algún día —jantes de que se cumpla el nuevo ciclo de catorce años que pauta mis encuentros y desencuentros con Almería!—, me animaré a volver.

Juan Goytisolo es escritor.

que acentuar los miedos que llevaron tanto a la izquierda como a la derecha a adelantarse a sus adversarios y tomar ellos mismos el poder.

La honestidad intelectual fue la primera víctima de los agravios morales, unos agravios que se volvieron aún más acerbos para la izquierda tras la derrota de la República en 1939 a manos de Franco y los nacionalistas. Al final de la II Guerra Mundial, tras la derrota de los dos aliados principales de Franco, Adolf Hitler y Benito Mussolini, muchos esperaban que los aliados occidentales obligasen a España a celebrar unas elecciones libres. Pero el régimen franquista se salvó gracias a la neutralidad británica y al apoyo estadounidense, en un momento en que se estaban definiendo los nuevos bandos de la Guerra Fría.

Incluso en la actualidad, mientras los viejos derechistas —los nostálgicos del franquismo— se niegan a admitir error alguno en la cruzada de Franco, la mayoría de los socialistas siguen negándose a reconocer que el gobierno de izquierdas del Frente Popular

Pasa a la [página siguiente](#)

España debe levantar el manto de silencio

Viene de la **página anterior** de 1936 fue cualquier cosa menos una víctima completamente inocente. Y porque nunca condenó a sus partidarios por intentar derrocar en 1934 al anterior Gobierno de derechas elegido legalmente. Algunos se niegan a reconocer incluso que las huelgas, los disturbios, la confiscación de tierras y la quema de iglesias contribuyeron al desmoronamiento de la ley y el orden en la primavera de 1936.

Hacia junio de ese año, España se había vuelto ingobernable, y el caos era tal que la derecha puede argumentar que el levantamiento militar habría tenido lugar en cualquier caso, dirigido no contra el gobierno electo, sino contra la falta de gobierno. Y efectivamente, Franco no dejó escapar la oportunidad de aplastar la democracia. Pero la irresponsabilidad de las facciones izquierdistas le brindó esa oportunidad. Los líderes más moderados de la República les habían advertido una y otra vez sobre las consecuencias de sus actos, pero se negaron a escuchar.

Tras la muerte de Franco,

cuando ya habían desaparecido todas las amenazas de intervención militar, empezó a extenderse por España la sensación de insatisfacción y de injusticia. Sin duda es posible comprender el resentimiento de la izquierda. Había sufrido la humillación de la derrota en 1939 y de los largos años de dictadura. Después, cuando los socialistas llegaron al poder por primera vez en medio siglo, siguieron contemplando con amargura el manto de silencio bajo el que se ocultaba el pasado. Las víctimas derechistas de las masacres cometidas por la izquierda durante la guerra habían sido enterradas como mártires. Pero los cuerpos de los izquierdistas se descomponían en fosas anónimas.

El golpe más reciente a la unidad nacional de España tuvo poco que ver con la Guerra Civil, pero las viejas divisiones no tardaron en salir a la luz. Esto ocurrió después de los atentados en los trenes de Madrid del 11 de marzo de 2004 —el 11-S español—, en los que murieron 191 pasajeros y más de 400 fueron gravemente heridos. Fue una conmoción traumática, incluso para un país que soportaba desde hacía años los ataques del grupo terrorista vasco ETA, y los españoles se echaron a la calle en la manifestación contra el terrorismo más numerosa que se haya visto jamás en Europa.

Hay que recordar que ETA siempre había insistido en que seguía en guerra con el Gobierno porque no se habían respetado los términos de rendición de las tropas vascas en la Guerra Civil.

La unidad de la cólera no duraría mucho. Las explosiones ocurrieron tres días antes de unas elecciones generales que se esperaba que ganase cómodamente el conservador Partido Popular del primer ministro José María Aznar. Unas horas después de los ataques, el Gobierno acusó a ETA, que sólo tres meses antes había intentado colocar bombas en trenes con destino a Madrid. Aznar, él mismo víctima de un atentado anterior de ETA, estaba convencido de que el grupo era el responsable. El hecho de que las fuentes de ETA lo negasen sólo contribuyó a aumentar su ira.

Pero la indignación de Aznar también era defensiva. Como aliado del presidente Bush, Aznar había enviado tropas a Irak a pesar de la aplastante oposición de la población a la guerra. De modo que se negaba a creer que la atrocidad de Madrid tuviese algo que ver con su política exterior. Además, había basado su campaña electoral en el éxito del Gobierno en la lucha contra ETA.

A lo largo del día siguiente más o menos, cada vez más pruebas apuntaban a los islamistas ra-

dicales. A pesar de ello, Aznar llegó al extremo de llamar personalmente a los directores de los periódicos para garantizarles que la responsable era ETA. Pero en poco tiempo no quedó la menor duda de que esta atrocidad terrorista había sido perpetrada por islamistas radicales, en nombre de Al Qaeda. Con sus negativas, a las que ya no se daba ningún crédito en el momento en que los españoles acudieron a las urnas, Aznar dividió al país y sirvió en bandeja una victoria a Al Qaeda. Una de las primeras cosas que anunció el nuevo Gobierno socialista fue la retirada de las tropas españolas de Irak.

La exasperación del país con Aznar también reforzó el eterno escepticismo de los españoles con respecto a los ejércitos y las guerras en el extranjero, que tiene sus orígenes en la caída del imperio español a finales del siglo XIX. Aznar reforzó el resentimiento al intentar utilizar las declaraciones de Osama Bin Laden de que España era una parte eterna del mundo islámico. Era una jugada peligrosa, aunque sólo fuera porque se corría el riesgo de perpetuar la vieja polarización entre islam y cristianismo, muy anterior a las manipuladas alternativas del fascismo y el comunismo, y que podía tomar su lugar una vez más.

En realidad, nadie en España

salió ganando, salvo a muy corto plazo. Una vez más, la nación estaba profundamente dividida por su historia, una señal más de que a los españoles les cuesta mucho separar su identidad política del pasado nacional. El pasado septiembre, me sentí consternado cuando los periodistas españoles preguntaron si las divisiones actuales eran comparables a las que causaron la Guerra Civil. Lo que España necesita ahora es un pacto de recuerdo, no de olvido, pero debe enfocar la memoria de un modo completamente distinto: uno que evite los fantasmas propagandísticos del pasado que se alimentan a sí mismos; uno que reconozca libremente las peligrosas consecuencias de negarse a transigir. Los españoles tienen muchas y grandes virtudes, especialmente la generosidad, la imaginación, el sentido del humor, el valor, el orgullo y la determinación. Pero no suelen distinguirse por intentar comprender el punto de vista del adversario. Es un vicio infravalorado. La tragedia de la Guerra Civil es sin duda el recordatorio más fuerte del peligro de despreciarlo.

Antony Beevor es historiador británico, autor de *La Guerra Civil española* (Editorial Crítica).

Traducción de News Clips.

© LA Times - Washington Post.

CARTAS

AL DIRECTOR

Los textos destinados a esta sección no deben exceder de 15 líneas mecanografiadas. Es imprescindible que estén firmados y que conste el domicilio, teléfono y número de DNI o pasaporte de sus autores. EL PAÍS se reserva el derecho de publicarlos, así como de resumirlos o extractarlos. No se devolverán los originales, ni se dará información sobre ellos. Correo electrónico:

CartasDirector@elpais.es

Andalucía@elpais.es

Bilbao@elpais.es

Cataluña@elpais.es

Valencia@elpais.es

Una selección más amplia de cartas puede encontrarse en: www.elpais.es

Guño a la muerte

Es ciertamente deplorable, anacrónica y demencial la actitud de Corea del Norte de pretender reubicarse en el plano internacional a través de la demostración de la fuerza nuclear. Pero es acaso más peligroso el silencio internacional cuando Israel, una y otra vez, queriéndolo o no, dirige sus misiles no ya contra posibles bases terroristas, sino contra tranquilas playas de familias con niños. Al fin y al cabo, lo de Corea del Norte es, sí, una amenaza al futuro, mientras que lo de Israel es ya un hecho sistemático. ¿Con qué autoridad moral podemos aplacar aquella proliferación, mientras consentimos con un guño de ojos esta matanza?— **Francisco Pizzorno**, Madrid.

En compañía de ballenas

Parece mentira que a día de hoy siga la caza indiscriminada de ballenas. Estos días tiene lugar la quincuagésima quinta reunión de la CBI (Comisión Ballenera Internacional) en las islas caribeñas de Saint Kitts y Nevis. De nuevo, paí-

ses como Japón, Noruega e Islandia ponen de manifiesto que van a seguir matando ballenas bajo el pretexto de hacerlo por intereses científicos. ¿A quién engañan? ¿Quién les respalda? ¿Cómo lo consiguen? Bueno, engañar afortunadamente ya no engaña a nadie. Lo más triste es que siguen cazando ballenas a los ojos de todo el mundo y únicamente una minoría somos conscientes de ello y protestamos enérgicamente. El resto no se da cuenta de que dentro de algunos años ya no veremos ballenas azules (el animal más grande que existe en este planeta), ni podremos contemplar una imagen inigualable como es un amanecer en las playas de Península Valdés “en compañía de ballenas” (como diría el doctor Roger Payne).

Para acabar, dos cosas. La primera, agradecer a todas aquellas personas y entidades que luchan por la conservación del medio ambiente y que nos representan a otros muchos que estamos tras ellas. La segunda, a modo de anécdota, decir que aún hay personas que “acusar” a las ballenas de comerse los peces que ellos deberían pescar... La ignorancia empeora este planeta a pasos agigantados.— **Daniel Martínez Corominas**.

¿Vale la pena?

Éste ha sido mi último curso. Me acabo de jubilar después de cerca de 40 años dedicado a la enseñanza. A pesar de la poca consideración que mi profesión ha tenido, económica y socialmente, acabo con la misma ilusión con la que comencé. E igualmente convencido de la trascendencia de la tarea de educar. Sólo me duele un poco el comprobar la menor eficacia que ésta ha tenido estos últimos años. ¿Cuáles han sido las causas? Ni la mentalidad hedonista que abomina de cualquier tipo de sacrificio, ni la permisividad de los padres que satisfacen todos los caprichos de los hijos, ni los planes de estudios que se fundamentan en una visión lúdica de la educa-

Preocupado por España

Desde que conocí la noticia, la zozobra se instaló en mí. Miembros del Partido Popular disconformes con la norma que aprobaron deciden “cegar” las cámaras de vigilancia en los pasillos del Congreso en donde se ubican sus oficinas.

Me preocupa la lectura que la sociedad puede hacer del asunto, observando cómo sus representantes se las traen con las reglas que no son de su complacencia. Pero todavía me preocupa más la imaginación desbordada que surge sobre el motivo por el cual lo hicieron. Quizás fuera para que nunca conociéramos los oscuros y libidinosos ritos que se cuecen cuando se ensalza la celebración de una España unida e indisoluble, y, como contrapartida, los latigazos y penitencias fustigatorias que ocurren en los rincones al no soportar la idea de una nación partida, poco episcopal y propensa al uso del condón y la felicidad.

Casi me alegra la autocensura; ¡me preocupa tanta presión en mis arterias y las de España!— **F. Javier Cudeiro Mazaira**, Universidad de A Coruña.

ción, ni las políticas educativas con pretensiones de progresismo que priman el uniformismo sobre la búsqueda de la excelencia, han favorecido en absoluto la cultura del esfuerzo, imprescindible en cualquier proceso personal de mejora como es la educación.

Pienso que personalmente he hecho todo lo que he podido, aunque quizá los resultados no se vean demasiado a corto plazo. Lo mismo que otros muchísimos educadores. Espero que los que vengán detrás luchan por superar estas dificultades y no se desanimen, pues, a pesar de todos los pesares, ¡ha valido y continúa valiendo la pena!— **Federico Gómez Pardo**, Girona.

El escritor secreto

Tomás Eloy Martínez, en su artículo del día 21 titulado *El escritor secreto*, nos cuenta por qué dejó de disfrutar durante un tiempo de Verne a propósito de lo dictaminado por Borges en *El primer Wells*, artículo contenido en el libro *Otras inquisiciones*. Quizá si Tomás Eloy hubiera aludido a otro de los artículos de este mismo libro, *La flor de Coleridge*, se hubiera dado cuenta de que su

escritor sacramental también sufría de admiraciones desbocadas y trataba de suavizar su absolutismo: “Quienes minuciosamente copian a un escritor, lo hacen impersonalmente, lo hacen porque confunden a ese escritor con la literatura, lo hacen porque sospechan que apartarse de él en un punto es apartarse de la razón y de la ortodoxia. Durante muchos años, yo creí que la casi infinita literatura estaba en un hombre. Ese hombre fue Carlyle, fue Johannes Becher, fue Whitman, fue Rafael Cansinos-Assens, fue De Quincey”.— **Isidro González Olivera**, Mairena del Aljarafe, Sevilla.

Europarlamentarios populares y M-30: mutis

Parece ser que el Grupo Popular Europeo ha dejado vacante su plaza en la delegación del Parlamento Europeo que, mañana, visitará las obras de ampliación de la M-30. El PP europeo quiere así desvincularse de un proyecto que no cuenta con la preceptiva evaluación de impacto ambiental y del que a estas alturas ya sabemos que está en el origen de un número no cuantificado, pero im-

portante, de las graves afecciones sanitarias (respiratorias, alérgicas, hipertensión, insomnio, estrés, etcétera) que llevan sufriendo los vecinos, especialmente los aledaños a la autovía, en los dos últimos años.

El PP europeo ha intentado, mediante diferentes argucias, evitar o al menos retrasar la visita parlamentaria. Fracasadas las estrategias de dilación y cumplido el trámite, el PP europeo hace mutis por el foro. Quienes conocen de cerca la guerra de guerrillas y de desgaste dentro del PP madrileño adivinan una mano aristocrática tras de la decisión final de dejar a Ruiz-Gallardón a los pies de los caballos. Tiene dos ventajas, dicen: la primera, evidenciar que Ruiz-Gallardón está cada vez más solo en la cúspide de su imaginaria pirámide. La segunda, como inevitablemente el dictamen europarlamentario será negativo y las consiguientes sanciones políticas o económicas irán contra el Gobierno de la nación, Esperanza Aguirre, al tiempo que elude sus propias responsabilidades, dispondrá de munición adicional para seguir criticando a la ministra de Medio Ambiente, e incluso a José Luis Rodríguez Zapatero por no haber transpuesto adecuadamente las normativas europeas.

Que la transposición incompleta de la normativa medioambiental europea la hizo el Gobierno de José María Aznar y que la responsable última de que no se haya hecho la evaluación de impacto es la propia doña Esperanza, como presidenta de la Comunidad de Madrid, es cosa sabida, pero no importa. Negar las evidencias y desviar el foco de atención es su especialidad.

Esperemos, de todas formas, que la visita europarlamentaria sirva para atenuar, en la medida de lo posible, las consecuencias negativas de algunos de los destrozos que ya son irreversibles y evitar otros que están en fase avanzada de ejecución pero que bien pudieran ser paralizados, como el *by-pass-sur*.— **E. Díez**, Madrid.